

Braulio Arenas

Gehenna



CUALQUIERA afición por lo sobrenatural lleva al placer de la poesía. Esta no es un trabajo de la memoria. Salen a la superficie, sin el control de la seguridad mecánica, antiguos prisioneros relegados hasta ahora en las sombras por el miedo servil del hombre de darles un significado preciso. Sería conveniente ensayar, no una definición del elemento poético, sino una forma de aprensión útil de él que sirva de base, de un modo general, a todos los seres. Solamente así la poesía perderá su puesto temporal, para convertirse en la más rica de las experiencias humanas. En la presente hora se han mezclado todas las categorías con un evidente desprecio de sus valores. De este modo, la poesía sólo podrá salvarse por un golpe de azar. Ella aparece por encima de una faz cotidiana de existencia, arriba del semblante diurno de los objetos. En un mundo de obligaciones rastreras, de puertas sin salidas, ella es la que indica la entrada a lo sobrenatural. No se crea que es de consistencia efímera. Por el contrario, nadie debe poner en duda el principio maravilloso de la vida. Toda clase de quimeras, toda suerte de alucinaciones, toda ansia de delirios, forman la base de sus mejores encantos. Sería ocioso añadir que no se espere el menor refugio. No es la vida el lugar donde se fabrican las armas, sino donde se emplean. Se emplean ojos para mirarlo todo frente a frente, sin temor a las miradas ajenas. Se emplea una vida con un servicio de verda-

dera ferocidad, con la experiencia de antiguos vivientes, y no de cadáveres modernos. Hablo, por supuesto, de un mundo ideal: de una tierra simple para el amor y para las aficiones de un «hombre alto». Concedo la libertad de elegir. Todos elijan el lugar más conveniente, una tierra hecha a imagen y semejanza de todos. No estoy por las limitaciones, ni por las especializaciones. De proceder, de creerme así, anexo inmediatamente un proceso misterioso a la formación de la tierra. Ella, la que debe salir de las propias manos del hombre, no amana sus experiencias árticas ni su formación solar. Yo peleo por mi domicilio. Es mi causa la que defiendo, cuando participo en la polémica de la recomposición del mundo. Yo exijo un mundo verdaderamente seductor, con selvas y castillos a cada paso, con viejas capitales de encantos desconocidos, con hombres exigentes, con mujeres amantes.

Es lástima que la naturaleza misma de las cosas no las haga tangibles y que, solamente, veamos algunas de sus pequeñas emanaciones-destellos. Yo no tengo la menor ilusión ni siquiera con respecto a los colores fundamentales. Basta un pequeño acontecimiento físico para que ellos se cambien. Incluso no tienen valor durante el sueño. Efectivamente, en él triunfan otros colores que componen distintas imágenes. Es falso que el sueño sea la ausencia de todo color. Como una comprobación, repetiré lo que Beatriz decía:

—Yo miré durante el sueño con miradas de gaviota. No sé explicarme. Veo colores espantosos que quisiera describir.

¿Reconocéis esa imposibilidad de explicarse? ¿Qué palabras usar para reconstituir la *mise en scène* del sueño? Imagináos un muro de color y algunas palabras escritas en él, en forma de cruz. Durante mi propio sueño la palabra DAVID era la suministradora de las asociaciones de ideas. Al mirarla comprendí que ella indicaba mi propio nombre:

V
A I
D

No recuerdo mi actuación como tal personaje, pero sí mi gratitud inmensa cuando esa palabra se transformó en la palabra VIDA. Yo comprobé este cambio de ilación en mis pensamientos, al ver girar el círculo de letras por un centro invisible.

En 1929 Beatriz era la mejor conductora de la electricidad diabólica. Se entregaba ella a este delirio conscientemente, como una viciosa. Sus manos eran sus libros de consulta. Ellas, intensamente blancas, dejaban traslucir el paso de la sangre, el paso real de otro ser por su sangre, y sufrían verdaderos estados de necesidad.

Nadie en su familia advertía la presencia de este desconocido Demonio. Algunas noches, solos los dos en su dormitorio, la conversación con él, se desarrollaba francamente. El aparecía como un viento, como un perro, como una fotografía.

Una de esas noches, Beatriz gritó convulsivamente:
—¡Mira, mira, mira la cama!

Mis miradas se volvieron ahí. En el lecho de la joven había una joven. Un traje de baño era su único vestido. Los cobertores blancos hacían más blanco su rostro, si esto fuera posible. Pero la bañista quería vencer su blancura. Estaba viva y se mordía los labios hasta hacerlos sangrar. La sangre corría a lo largo de su cuerpo. Un viento espeso y tibio nos ahogaba. Yo pretendí abrir las ventanas; una mirada de odio de Beatriz me detuvo. Esperamos. La bañista desapareció. En su lugar estaba desplegado ostensiblemente un papel blanco. Beatriz lo leyó con voz inspirada, con voz vehemente, con voz penosa:

LO DESEAS

o quieres perder todo
morirás 31 de agosto

No solamente los sucesos de orden natural merecen ser creídos. Aun más, Beatriz opinaba que ellos eran los únicos falsos. Ella, como el personaje de Novalis, era de humor alegre y amable, y muy iniciada en lo sobrenatural. Pero era demasiado intranquila. Había localizado una vida maravillosa en una vida rutinaria. Por esa razón sabía mirar la muerte frente a frente. El delirio la rodeaba como un viento conductor. El solo reproche que merecía era el de no sacar partido de sus experiencias. Yo también, bajo su conducta, me dejaba ir entre sueños absolutamente gratuitos, absolutamente desinteresados, sin tener otra preocupación, otra delicia, que la de soñar.

Leeréis uno de ellos: Imaginaba yo que paseaba por un cementerio de provincia. El color negro lo invadía todo, yo no reconocía nada. Marchaba a la deriva, pero con un objetivo que me había propuesto, creo yo, antes de dormirme. Era el siguiente. Necesitaba hallar la tumba de mi madre. De pronto tuve que reconocer que la había encontrado. Miré al suelo, allí estaba su cabeza sola, depositada en una bandeja de aluminio. La vista de ella me puso en pánico. La tomé con un determinado cuidado y la contemplé con amor. Pero, súbitamente, advertí que mis manos me pesaban horriblemente como si fueran de piedra; la cabeza rodaba por entre ellas sin que yo lo pudiera evitar. Cayó al suelo por último, con un sordo crujido. Se rompió en mil pedazos. Estos fragmentos blancos hicieron la obscuridad en el cementerio. Una música invisible se dejó escuchar.

Me encontré después en la torre de un castillo. Oía aún la música del sueño anterior, y esta fué la única relación entre ambos. Yo esperaba una mujer desconocida...

El nombre adorado de Beatriz apareció inmediatamente en mi memoria. Aquella noche se cumplían cuatro años de su muerte. Era ella, la atroz imaginativa, quien me reclamaba. Obedecí sin vacilar. Salí a las calles, la negrura lo invadía todo. Súbitamente, su sombra apareció a mi lado. O ella misma. Ella estaba pálida, pasiva, temblante. Ella movía con dulzura la cabeza. De la tierra empezó a fluir una luz blanca. Cuando semejante color se extendió a toda la tierra, a toda la naturaleza, Beatriz se diluyó en él, desapareció a través de él. Ella era una sombra blanca y no podía elegir una luz negra para reposar. Toda esa luz se localizó en mi cerebro, dejándole despierto, cruelmente avisado, repentinamente cambiado. Un peso mortal me hizo caer a tierra. Pero no estaba enfermo ni loco. No deliraba, reflexionaba, anotaba, observaba. Fué ese minuto de concentración agónica el que me hizo ferozmente alto, independiente, sociable. Después me incorporé, y a la luz blanca, leí unos papeles que me había entregado Beatriz:

«Este cuerpo blanco y detenido libre era el que yo usaba diabólicamente. No es por implicar un falso sentimiento de la muerte que yo me decido ahora, porque no pude hablar cuando tenía una boca y una razón para gritar. Ahora también podría ser obligada a caer desde otra ventana y sentirme responsable de la imagen de esta caída. ¿O es preferible saber amañar otras características del espacio una tortura moral, donde mis dedos se sientan aprisionados por una pared que se derrumba? Ahora que estoy alejada de la tierra tengo las mayores dudas sobre si procedo bien o mal para quererme interesar por la suerte del amor—una pobre revancha de los hombres. Yo creo más bien que para tener en seco un alma no debo bajar o escribir rojo. Esto es purificante, porque es mi castigo. ¿Qué mejor solución entonces que elegir una agonía roja, porque yo no he muerto y puedo elegir una agonía veloz para salvarme? Estoy unida a ti. El horrible lugar de Gehenna, donde me tienen, recuerda diez metros cuadrados. Yo estoy pá-

lida de observación. Si tú miraras más hábitualmente ahora esos sujetos del terror la lepra personificada en un espejo las viejas ciudades del mundo un solo lecho donde se revuelcan sexualmente hasta diez leprosos de todas edades. En ese lecho he visto princesas y hombres depravados por vicios que cerebros humanos no se pueden imaginar. Lo más terrible es el olor, un olor que forma vampiros fijos en la carne. Y todo se ve en el mundo, es decir, se ve desde aquí. Es el recinto de las visiones. Yo no estoy muerta, o lo estoy porque la muerte es la facultad de la imaginación, el extravío de la sangre, el agolpamiento de los sentidos en uno solo. Recuerdo que vivía y era mi terror en la infancia, cuando mi padre me azotaba brutalmente...»

Después de esto, deseo relatar una curiosa variante de la realidad. Una noche de mal tiempo caminaba yo, en un estado de completa inconsciencia física, por calles extraviadas. Llovía; yo vagaba sin pensar, sin atender al sonido activo de la noche. Pero de pronto comprendí que ella me rodeaba. La noche se me presentó como el terror más obsesionante, más verídico. Caminaba como ebrio, mordiéndome los labios hasta la sangre. A pesar de mi ausencia de todo estímulo directo de ideas, advertí que me había detenido a escuchar la noche. Estaba junto a una reja, mirando al interior, hacia un jardín tenebroso. Una joven apareció con un látigo en la mano. Con él comenzó a golpear a un perro que estaba amarrado a un árbol.

Al verme ella interrumpió su labor, mirándome con curiosidad. Vestía un hermoso traje blanco, lo que la hacía resaltar en medio de la negrura nocturna. Gracias al resplandor de su vestido pude ver su rostro. Era hermoso, era cruel, era infantil. Se sonreía mirándome. La reconocí vagamente. Por un difícil traspaso de la realidad, me imaginaba haberla visto antes. ¿Dónde, en un sueño, en una novela de Anne Radcliffe? Después de esa mirada, de ese recuerdo, el mundo se convirtió

en lugar de alucinaciones. Un suave color blanco empezó a fluir de los árboles, de la noche misma. Ese color—símbolo de la moral y del crimen—borró la faz de las cavernas.

La joven se acercó a la reja y me miró con una determinada intención. Yo soporté su mirada sin corresponder a su sonrisa. Debajo de ella se ocultaba una intención manifiesta: quería hacerse perdonar despistándome. He dicho que llovía. No puedo ahora reproducir ni recordar siquiera el extraño cuadro animado. La joven, el color blanco de la naturaleza, el perro atado que me miraba también. En ese momento me sentí fuerte, seguro. Yo estaba convencido que una palabra mía cambiaría el curso de la tierra. Pero, así como un grito en la cordillera puede desencadenar la más insólita de las tempestades, una palabra ahí podría originar el amor. ¿El amor? ¿Por qué él y no una tendencia distinta? Sin embargo fué esa la primera palabra que se me vino a la boca.

El amor, yo estaba poseído por un fuerte delirio. Intervenía, alegaba, me ponía en primer plano. ¿Por qué, para qué? ¿Para ocultar el amor, la emancipación de un fantasma?

La joven sonreía mudamente. Hizo un gesto amable, corrió a la puerta de reja y la abrió. Yo entré como imantado. Al pisar la tierra del jardín supe que entraba a un lugar de condenación eterna, de maldición, de fuego consumidor. Casi sin reflexionar me acerqué al perro. Este me miraba con ojos llameantes. Lleno de terror miré a la joven. Los ojos de ella me procuraron el olvido.

—Cuidado—murmuró dulcemente—no desate al perro. Por lo menos, no antes que yo le informe su verdadera naturaleza.

En ese mundo de la poesía cotidiana, un perro es un fantasma, un árbol es una tijera.

Ella prosiguió:

—Es lástima, es lástima, a medianoche recupera su libertad.

En ese preciso instante un reloj tocó doce veces. Yo miré instintivamente al árbol: el perro había desaparecido,

Entramos a la casa, a su dormitorio.

—Le traje hasta aquí—me dijo—para ahorrarme la descripción de los detalles. Dormía yo aquí presa de vivos terrores. En efecto, apenas me dormía veía llegar al perro, escurrirse por los cobertores y echarse a mi lado. Y así durante varias noches. A este perro yo le puse el nombre de Varios. Una vez desperté en el momento que me lamía la cara como llamándome. Yo salté del lecho y le seguí. Llegamos entonces al jardín, el que usted ha visto. Había una horca ahí y un cadáver columpiándose al viento. No pude reconocer este cadáver, pero tuve la extraña idea que era mi padre quien se había ahorcado. Varios saltaba pretendiendo morder los pies de ese muerto, que se balanceaba en el vacío. Miré a la tierra instintivamente. Estaba removida y una curiosa planta emergía de ella. Esta planta representaba una mujer negra. Yo la arranqué inexpertamente, un ruido espantoso se dejó oír y yo me sentí quemada, que un fuego espantoso me quemaba las entrañas. Nada sé más. Yo volví al dormitorio. Me arrastraba penosamente. Soñé. La planta-mujer estaba a mi lado. Nos encontrábamos en un balneario. Ella vestía un traje de baño. Me sopló los ojos con una brisa de fuego, diciéndome su nombre. Yo desperté enloquecida, repitiendo su nombre. Se llamaba Olga.

A esta altura de su monólogo la joven comenzaba ya a perder el control sobre sus palabras. Ella estaba horriblemente pálida. Le había sido preciso apoyarse en una mesa para no caer. Yo le acaricié los cabellos. Este contacto la hizo estremecer. La miré precipitadamente; lloraba. Se dejó conducir a un sillón. Se sentó sin abandonar mi mano. Quería hablar, expresar a gritos lo que no podía decir nunca. En el exterior los aullidos del perro se hicieron insoportables. Ella se tapaba los oídos. Miraba hacia todas partes con desesperación, con desorientación, con vehemencia. Tenía la boca seca. La joven daba la impresión de ser un ser automático. Siguiendo la lógica de su delirio, empezó a reírse a carcajadas. Por primera vez compren-

dí el mecanismo de sus pensamientos. Ella me quería convencer que todo cuanto ella me había relatado, todo cuanto había yo visto, era falso y correspondía solamente a la enumeración del argumento de una leyenda, la que esta joven se encargaba de referir.

Ella abrió los ojos, sus manos, como demostrándome, sin una palabra, que el juego había terminado. Me acompañó, de regreso, hasta la puerta del jardín. ¿Qué singular dominio era ése? Beatriz—pues era ella misma—fué la encargada de darle un nombre:

—Esto es Gehenna—dijo simplemente.

No todo había terminado con la desaparición del perro. Yo me sentía perdido. Había llegado a una montaña. La bruma me envolvía. Yo descendía con las manos adelante, como ciego. En la obscuridad, mis dedos estaban iluminados por la luz ódica.

El perro me guiaba. El animal tenía profundos ojos negros, inteligentes, humanos. Y de resto de humanidad eran las cicatrices que cruzaban su espalda. Al verlas me estremecí de horror. La piel estaba cubierta de su propia sangre. Incluso manaba de su boca y de sus narices. Era repugnante. Había sido yo demasiado verídico para creer que lo que me rodeaba podía escapar al orden de las tinieblas. La negrura era el foco, el centro, el nido de esa clase de seres, y de donde se propagaban al exterior, a la luz, para rodear a las sombras. Me dí vuelta rápidamente; le ví detenido observándome con curiosidad. El me guiaba por la espalda.

El es ya un hombre, un hombre envejecido. No me extrañan las metamorfosis, el estado físico del placer, el más alto, el más insostenible. He visto caer un pájaro al mar. hundirse ahí y salir convertido en nadador humano. ¿Quién purifica esa agua feroz hasta el punto que un pájaro se libre de sus plumas y adquiera el brillante color de los bañistas?

Estaba yo detenido frente a una extraña casa iluminada. Se veía un jardín lleno de árboles frutales y con un estanque en el centro de él. El perro, el lobo, el fantasma, el demonio, el vampiro, el señor alto y dominante, vestido con bizarras ropas, estaba ahí. ¿Sería el padre de Beatriz?

Después ví millares de bellas jóvenes desnudas tendidas en la hierba, o encima de los árboles, o bañándose en el estanque. El decorado singular era el mismo jardín anterior, al que Beatriz puso el nombre de Gehenna.

Mirando el recreo de las jóvenes, desde una ventana, estaba ella misma. Pero Beatriz ya se inclina peligrosamente, se desliza por la ventana hacia el abismo que yo contemplo.

Una nueva complicación. Esta mañana, al salir de casa tropecé en la puerta con una joven señora. Al verme me detuvo con una pregunta:

—¿Puede decirme usted dónde vive Beatriz? He perdido su dirección, pero estoy segura que es en esta calle.

Yo contesté sin reflexionar:

—Beatriz ha muerto.

La joven señora extendió sus brazos, como parando un golpe, y repuso con acento inhumano:

—No puede ser verdad.

Anoche soñé algo verdaderamente revelador. Me encontraba en una especie de recibimiento grande y sombrío. Una lámpara, que en el sueño era el cadáver de una gaviota, arrojaba algunos destellos a la distancia. Solamente después de un rato pude ver a Beatriz de pie en el marco de la ventana. «Ven—me dijo—ven a contemplar el paisaje». Yo corrí a su lado, pero en ese momento la joven abrió sus brazos y se arrojó al vacío. Desperté.

Al salir de mi casa, lleno de presentimientos, me encontré con la señora que preguntaba por la dirección de Beatriz. Dominado por el sueño anterior, le respondí que *Beatriz se había*

precipitado desde una ventana y había muerto. Después seguí mi camino. Al cabo de andar un rato, reflexioné: «¿Por qué esa señora buscaba a Beatriz a cien cuabras de su verdadero domicilio? ¿Y quién era ella?»

Creyendo en un aviso misterioso, desanduve el camino hasta mi casa, pero la señora no estaba ya.

En la tarde conversación con Beatriz. Ninguna mención del sueño, ni de la señora tan original. Esta joven señora era idéntica a la que ví tendida en el lecho de Beatriz, vestida con un traje de baño.

Lo más principal se realizó después. Yo volvía a mi casa por una calle silenciosa. Ignoro el nombre de esta calle. La he buscado afanosamente en pleno día, sin lograr ubicarla. Únicamente en los sueños me es posible transitar por ella.

He aquí lo que pasó: Una joven trataba de abrir una reja con una llave. Este ser de las altas horas de la noche se volvió a mí con una sonrisa. Yo la reconocí al punto: era Beatriz. Ella no se sorprendió al verme.

—¿Puede usted ayudarme a abrir la puerta?—me dijo seriamente.

—Tú no vives aquí—le respondí.

—Sí, sí—me aseguró ella—vivo aquí desde hace mucho tiempo.

Entonces yo, sin defenderme contra el misterio, tomé las llaves y abrí las puertas con facilidad. Ella entró sin despedirse y yo seguí mi camino.

Al día siguiente conversé con Beatriz. Ella me contó un sueño que tuvo la noche anterior:

—Soñaba que trataba vanamente de abrir un pesado cofre. De pronto llegabas tú y lo abrías rápidamente. En el interior de él se encontraba el comienzo de una escala de cuerdas que se continuaba bajo tierra. Yo bajaba por esa escala. De

improviso perdía pie y caía. Ese es el sueño. ¿Crees tú que yo moriré precipitada desde un abismo?

Impensadamente recordé un detalle de mi encuentro de la víspera. La reja que la desconocida pretendía abrir no comunicaba con ninguna casa, sino con un terreno baldío. Cuando la joven desapareció yo creí que las sombras la ocultaban. Era una falsa apreciación de las sombras. La joven se había perdido a mi vista, porque había caído verdaderamente, literalmente en el abismo.

25 de agosto.—Conversación con Beatriz. Ella me cuenta un encuentro singular que tuvo ayer:

—Caminaba por la calle Miraflores en dirección a mi casa. Eran las ocho de la noche. Había pocos transeúntes, pero no llovía ya. En una esquina casi tropecé con una señora que marchaba en dirección opuesta a la mía. Inmediatamente me llamó la atención esa mujer. Era alta, muy delgada, y en su cara pequeña sobresalían dos ojos enormes. Usaba un abrigo negro abierto. No llevaba sombrero ni guantes. Su pelo rubio le caía en un encantador desorden. Me fijé en su pelo; estaba húmedo, lo que hacía suponer que se había paseado bajo la lluvia toda la tarde. Al verme, ella se sorprendió a su vez. Con una voz alterada, pero suave, me preguntó una dirección cualquiera. Comprendí que había elegido un pretexto para interpellarme. Se la dije. Caminamos juntas. No cambiamos una palabra. Yo estaba como hipnotizada; no sabía qué pensar. Al llegar al Parque Forestal nos despedimos. En el momento de alejarse, instintivamente, yo la tomé de un brazo. Ella se dio vuelta a mí y me sonrió. «Hasta luego»—me dijo—. Yo no sé qué pensar. Me agradecería que fuera amiga nuestra. Pero ya la hemos perdido de vista para siempre.

28 de agosto.—Novedades en el asunto de Beatriz. En la tarde estaba ella esperándome. Al verme vino a mi encuentro.

«Ya sé quién es la desconocida—me dijo a boca de jarro. Te lo voy a contar todo. Escucha. Ayer estaba invitada a la casa de una amiga. Llegué a las cuatro. ¿Sabes quién me recibió? Ella. Al principio no quería convencerme. Ella no demostró la menor sorpresa. Aparentemente, demostró que me veía por la primera vez. «Pase usted—me dijo. Olga saldrá al instante». ¿Te he dicho que era la madre de Olga? Eso no es verdad. No sé cómo explicarte el asunto Olga perdió a sus padres cuando niña. No tenía más familia. Ella era amiga de la madre de Olga. Cuando murieron se llevó a Olga a su lado. ¿Comprendes? Ella es la madre adoptiva de Olga solamente. Se quieren mucho. Pasamos una tarde deliciosa. Estuve hasta las ocho. Ella es muy amable; me invitó a pasar las vacaciones a la costa. No sé si mis padres aceptarán».

Beatriz hablaba vehementemente. Yo paré su fiebre con una pregunta:

—¿Cómo se llama ella?

—No lo sé—respondió. Yo no sé nada. No me atreví a preguntárselo. Olga, la llama mamá solamente.

Yo comprendí que Beatriz pretendía engañarme. Ella notó mis sospechas, y agregó rápidamente:

—Sí, sí, te lo juro. Te la presentaré para que me creas.

29 de agosto.—Encuentro con Beatriz. En el primer momento, ella trató de evitarme. Después se acercó a mí francamente.

—Estoy desesperada—fueron sus primeras palabras—estoy al cabo de mis fuerzas. No he conocido familia más injusta que la mía. Se niega a concederme el permiso para el veraneo. Alega que yo apenas conozco a esa señora. ¡Cómo si fuera necesario conocerla! He recurrido a las súplicas. Nada. Ella pretende que yo vaya a la hacienda. Lo siento por ella.

El rostro de Beatriz había adquirido una mueca de resolución tan franca que yo no me atreví a objetarle nada. Me li-

mité a mirarla con atención. En estos días, Beatriz había desmejorado visiblemente. Tenía los ojos brillantes y un color extraño en la cara. Se mordía los labios, apretaba sus manos, presa de la agitación más viva.

De pronto me tomó de un brazo.

—Mira—me dijo—mira ese automóvil que pasa.

Yo miré inútilmente; el carruaje había desaparecido.

Transcurrió un tiempo. Beatriz se entregó a una diversión extraña: subía y bajaba la mano con cierta regularidad.

—¿Qué haces?

—Cuento los automóviles. Los décimos que pasan están ocupados por ella.

30 de agosto.—Carta de Beatriz recibida a las cuatro de la tarde de hoy:

«Querido amigo, te he engañado miserablemente. Ella no existe, no existe la casa, no existe Olga. Pero donde estoy te escribo por necesidad. Tomaré veneno para que me escuchen. Mira, rompe las fotografías. Yo la he visto en los periódicos. Estaba vestida con traje de baño solamente. Una capa negra la cubre ha nadado toda la tarde y por esa razón tenía los húmedos cabellos. Me propuso cruzar el océano pacífico a nado y yo acepté, qué crees tú.

Punto aparte. Tengo razón. Me encontré en la calle con ella y me dijo vamos. Yo fuí con ella, yo marché a su lado y me río de no me creen. Ella es linda. Yo soy su hija adoptiva, yo soy. Yo soy no princesa, yo soy una nadadora, una nadadora del océano. Me basta pasar por Miraflores para encontrarla. No necesito el faro, yo sé donde vive. El siguiente favor. *Escribe sobre mí.* Te creerán. Pero yo soy una mentirosa nadadora. Nadie me creyó *nadien creería tu novela* que puedo pasearme por Miraflores para encontrarla y ella me dijo vamos. Vamos. No tengo dónde vivir ni para qué vivir. Yo prefiero ahogarme.

Yo sé nadar, ella me enseñó nadadora. Que la conozcas. Mueve los dedos. Cuenta uno, dos y diez.

Ahí está. En el décimo está dedo de tu mano. Amarra el dedo cinta roja. Mañana contigo hablaré en la puerta de Marmagnum».

II

Yo consideraba a Beatriz perdida para siempre. En vano me daba las explicaciones que en otra ocasión me hubieran convencido de lo absurdo de mis presentimientos. He escrito esta palabra inesperadamente. A la verdad fueron los presentimientos de su desaparición pronta, de su muerte ya resuelta, los que me produjeron un semejante estado de ánimo. Esto ocurría algunos meses antes que se realizara.

Todos mis sueños, atrocemente imaginativos por cierto, tenían esa horrible interpretación: ella moriría. Como si del mismo sueño pudiera desprenderse la explicación a semejante conducta, yo me hundía cada vez más en él, quería servirme hasta del más humilde detalle, del más escondido rastro para saber la verdad acerca de la salvación o la perdición de Beatriz.

Lo supe todo. Era preciso contar con lo inesperado. Esto me hizo despreocuparme de una vida favorable. El sueño abría las páginas cubiertas de frases videntes donde estaba referida toda la versión de su muerte. Por una reserva fácil de explicar, cuando yo conversaba con Beatriz, de tarde en tarde, no mencionaba estas anticipaciones del sueño. Sin embargo la joven hablaba de mis adivinaciones.

Ella se sentía entregada a mí por su secreto. En vano yo me interesaba por su vida, como si no la hubiera conocido demasiado bien hasta su desenlace por mis propias profecías.

Esto acarreaba el mal humor de Beatriz. Bien se notaba que ella sospechaba algo, pero no se atrevía a interrogarme frente a frente. Más bien se valía de recursos simples.

Clavada en un sillón, con su rostro sin movimiento, escu-

chaba lo que yo decía. Cualquier monólogo incoherente le suministraba una parte de la verdad. Me miraba con seguridad de durmiente.

Yo no puedo olvidar su expresión. Su rostro, su cuerpo, su cabellera, se han perdido en esa tierra estéril de los cementerios. O bien, Beatriz nunca ha vivido sino como un recreo imaginativo, como la idea de Beatriz, como el amor indirecto.

Todos los males y los bienes proceden de forzar la inteligencia. Reproducir pájaros y pájaros para un cielo de verdadera invención, es, como cualquiera otra, una tarea desesperada. Un mudo letargo no se puede explicar con palabras de rara semejanza o de encantos desconocidos, sino con la reproducción del letargo, de un sueño que abandona el durmiente y lo deja entregado a su propia actividad.

De este orden era la fijeza cruel de Beatriz, su mirada implacable que me hacía cómplice de un crimen que ella proyectaba desde la sombra. Yo comprendí desde un momento el complicado sistema de señales que empleaba ella en ese juego. En efecto, era su venganza. Como yo soñaba con una asiduidad desesperante en la próxima muerte de Beatriz, y como ella, según lo comprobé más tarde, proyectaba de esa misma manera su verdadera muerte, yo tenía la obligación de evitarla, de despertar a la joven, de conducirla, de defenderla yo.

Pero en esto se relacionaba el juego. Yo no podía fiarme del débil sostén de mis revelaciones de dormido, ni nadie me prestaría atención o me creería.

Beatriz se aprovechaba de mi desventaja. A la vista de los carceleros preparaba su libertad. Si yo me hubiera decidido a intervenir, ella hubiera gritado;

—No es verdad. No pienso tal cosa.

Era imposible, pues tomar la iniciativa. Yo, por una ley fatal, sólo podría contar el sueño después que se hubiera realizado, comprobarlo punto por punto, anotarlo, remitirlo en alas de la leyenda.

El mío no era un sueño sino, más bien, una posesión diabólica de la verdad. Yo sufría, yo pasaba por la muerte de Beatriz; al día siguiente era un resucitado. ¿Cómo no impacientarse por la calma, diabólica también, de la joven?

Ella pasaba el día entero reclinada en un sillón, sin hacer un movimiento, sin comer, sin dormir, sin respirar.

Yo la miraba, seguía con interés la carrera de la muerte por su rostro, como semejante a una repugnante araña que tejiera su tela ahí, separando a Beatriz del mundo por esa malla de noche finísima.

Ella no me reconocía: estaba entregada de lleno a las sombras. No se veía, no veía siquiera la luz que emanaba de su cuerpo, una luz peligrosa y fetichista, la luz ódica, la única capaz de provocar un incendio en la santabárbara.

Una vez, inesperadamente, obedeciendo a una inspiración de orden sobrenatural, me dirigió la palabra, me pidió que me «acercara a ella lo más posible y que soplara sus ojos porque le ardían».

¿Se reconocerá esa fuerza implacable que puede detenerse alguna vez, localizarse en los ojos, pero que es imposible apagar? Ella, como la *princesa* luchaba mágicamente con los cuatro elementos, se retiraba victoriosamente del combate, pero con las entrañas mortalmente destrozadas por el fuego del dragón. No hay agua, no hay viento que calme los ardores y la sed del fuego.

Pero, por sobre todo, entréguesele a esa frase: «Los que mueren por el fuego son sagrados», entréguesele un significado poético. Parece difícil incorporar a la poesía el sentido del terror, el sentido negro. A lo menos cuando se hable de ella como de un cuerpo especulativo, y no cuando se descubra su propia ciencia, su *origen inmoral*. Entonces todo volvera a nacer para ella como por encanto. Todo será independiente de una vida fácil, y el inconsciente personal estará lejano de los inmundos filósofos, de los negadores de una razón de Ser.

¿Cuáles de ustedes permitirán semejante elección? No se vive para vivir, se vive para morir. Se vive para amar, para establecer todas las comunicaciones humanas con la poesía. A cada cual lo suyo. Ustedes quisieran una lujosa muerte, una piadosa, una linda, una con todo el confort de las rastreras aspiraciones humanas. Nosotros preferimos la distansia. La muerte por el Conocimiento de la muerte, por todo lo favorable del amor, de la vida, de la poesía. Creed. Escuchad las voces del sueño cuando éste se reproduce en la noche diaria. Sin interesarse, por él se puede vender el alma al juego demoníaco, al mensajero que interrumpe el baile con la noticia de la muerte de Beatriz.

Se cortan las comunicaciones. Aunque nadie lo perciba, el elemento sobrenatural trabaja con la paciencia de un vengador en nuestros organismos. ¿Qué explicaciones para el sueño? ¿Para la vida?

Yo puedo contar en primera, en segunda, en tercera, en cuarta o en quinta persona una experiencia de la muerte. Seguramente la de la noche del 9 de octubre de 1936.

Fijaré algunos antecedentes de aquella noche. No creo que semejante realidad convenga a más de un reducido número de personas. Esa es la razón por la cual la escribo con muchas reservas y casi de paso.

Estaba yo dominado por un sentimiento amoroso demasiado fuerte. Una persona—ya perdida para toda la vida—me había acompañado invisiblemente durante la jornada. Se lo agradecía, yo estaba alegre. Cambio mis impulsos. Por una ley fatal yo pasaba de la alegría más violenta a la sensación de pérdida más absoluta. En este último estado—ceguera, impulsos indefinidos, incapacidad de expresión—el convencimiento de la muerte se apoderó de mí. Ella se presentaba como un vacío brillante. No pude dejar de dominarme alucinatoriamente. Todo lo dejé al azar, a lo que debía suceder. No era una necesidad

pasiva la que me empujaba a la muerte. Por el contrario, yo quería contar mis impresiones, relatar mi propia quimera. Estaba convencido de mi fracaso; es imposible querer aguardar las frases de la poesía.

Sin saber cómo me procuré una salida, un momento de descanso. Entonces estaba sentado frente a una mesa, en una casa que no era la mía, rodeado de tinieblas «negras», sin que esto sea un neologismo. Yo me daba cuenta que escribía en un papel. Pero la disestesia me dominaba. Yo no podía reaccionar, era demasiado absurdo asomarse por encima del hombro, como un testigo, un sustituto. Después anduve como guiando a una persona que no conocía el amor. Si pudiera recordar, sin el riesgo de contar una fábula, diría que era una fusión extraña, realizada en mi propio cuerpo, el producto de semejante enfermedad. El amor, la muerte, la poesía, todo, en un inútil arrebatado, giraban en mi pecho, grababan en él la pesada cruz de los enigmas, unas suplicantes con blancos vestidos destrozados, y hombres que desempeñaban un trabajo estéril, se asomaban, se unían a mí. Yo no recuerdo. Solamente me sentía feliz. Ese vértigo comunicante se apoderaba de mis manos para hacerlas dignas, para hacerlas presentes.

Ya no aspiro a un conocimiento mayor. Por lo menos entonces me alzaba alto, dominador, era el paso de las revelaciones. Durante esas breves horas o días, yo no pude comprobar el poder visual de los misterios. Casi lo veía todo. Nada me interesaba sino mirar, absorber el aire vivificante y terrible; las alucinaciones, los mitos, la fuerza incolora de los árboles.

Estaba en mi dormitorio. No dormía. No pensaba. ¡No respiraba. Nadie me importunaba con la vida, con la respiración, con el pensamiento, con el dormir. Solo, viviendo para siempre, viviendo para ti, la suministradora de recreos y encantos, agotada ya la provisión de vida, sin ningún presupuesto, ignorante, casi en el centro de la locura. Por ella pasaban las cosas, todos los objetos, como el mar por la mirada de los delirios. Dejo

al cuidado de los videntes la explicación que yo no puedo dar. A ellos pertenece ese contacto, esa comunicación de sangre, que nadie puede comprender jamás. Venid. Vosotros los habéis visto. A ese hombre que se detiene gritando, con un ramo de violetas en la mano, diciendo que se lo ha traído del sueño. Creed. Es la misteriosa mujer que abre la puerta, la puerta de mármol, con una sonrisa que es la clave del sonambulismo. Aunque nadie lo perciba, el elemento sobrenatural trabaja con la paciencia de un vengador en nuestros organismos. ¿Qué explicaciones dar?

Como he dicho, lentamente el rostro de la joven fué tomando las opacidades de la noche. Me era imposible detener esa consumación con mis miradas. Ella seguía firmemente su propósito. Yo no podía intervenir. Ni para respirar ella interrumpía ese avance subterráneo. Sin duda quería burlarse del mundo, y desaparecer sin el menor contacto de súplicas.

Yo, por esa razón, no le pedía que volviese a la vida, que no se fatigara en su trabajo. Era inútil. Por el contrario, yo miraba con una evidente curiosidad el progreso de las llamas que dejaban un rastro de muerte en el cuerpo de Beatriz. Esta carbonizada no sufría. Bien sabía ella que había jugado bastante, y que era preciso pagar, pagar, pagarlo todo. Sonreía con un especial empeño para no darle a los jueces la satisfacción del premio de los castigos. En vano se la miraba; no se la veía.

Como si cumpliera un misterioso veredicto su cuerpo inmóvil no buscaba la satisfacción de ser otra vez la fuente de origen de una nueva vida. Como una flor, como un paisaje inútilmente pródigo, ella se entregaba al demonio, se quemaba por dentro, sin los síntomas de ninguna enfermedad. Procedía con crueldad, con censura, con avidez.

Ya resultaba imposible explicar sus visiones, mis visiones. Perdida del mundo, había que encontrarla en otra parte, en un planeta que es en cielo el Ojo brillante, en una estrella de luces de fantasía.

Para los demás el descanso. No sé a qué hora empezó la verdadera agonía de Beatriz. En primer lugar, nadie la acompañaba. Por un empeño especial de la joven, nos habíamos retirado a la habitación vecina. Desde allí la escuchábamos pasear a lo largo de su cuarto, a gran velocidad.

Se paseaba esperando algo, decidiéndose a algo. A lanzarse por la ventana para «observar el paisaje de más cerca», tal como en mis sueños.

Pero, mientras esperaba, me entregué a uno de ellos. No estábamos ya en la casa de la joven. Ahora nos paseábamos por la superficie del mar. Beatriz me explicaba con dulce y felices palabras el origen de todas mis vacilaciones. Yo la escuchaba atentamente. No recuerdo, a la verdad, sus palabras. Parecía que no empleaba un lenguaje humano en su confidencia, sino un lenguaje de luz, un lenguaje de gaviota. Yo miraba a mi alrededor, sin conmoverme. Un sonido de música era el único signo evidente de la presencia de moradores en esa tierra. Pero, ¿dónde estaban los tocadores misteriosos?

Guiándome por ese sonido, yo llegué a un castillo. No sé por qué razón todo allí respiraba tranquilidad, seguridad. Sin embargo ese lugar estaba oscuro, salvo en trechos, gracias a la luz que proporcionaban algunas lámparas distribuidas estratégicamente en las innumerables habitaciones. Esas luces me guiaron a una gran sala. Yo reparé en algunas mujeres recostadas en las lozas de mármol. Yo había elegido esa cámara para huir de un incendio que había estallado súbitamente en toda la naturaleza. Quería yo libertarme de las tinieblas. Ninguna tentación me guiaba. Era la calma como una base de alegrías diabólicas. Esta calma provenía de las mujeres que dormían. Yo las examiné con curiosidad. Vestían ellas trajes de bailes. Agrupadas por un sueño común, lo soñaban como si el fuego las agrupara provisoriamente. Se informaban en el sueño recíprocamente sobre sus vidas, las inventaban, las transformaban en objetos de poesía.

En medio de ese grupo advertí a Beatriz. Ella estaba carbonizada ya, totalmente. Más aún, su cuerpo entero había sufrido esa monstruosa metamorfosis del fuego, no pertenecía a ningún reino de la naturaleza, no pertenecía a nadie ni a nada, no aceptaba el odio, el sueño o el amor.

Bastaría que yo, por ejemplo, la besara para que se redujera inmediatamente a un montón de cenizas. Así se explicaba su castigo, el mandato de la vida.

La contemplaba, cuando la ventana se abrió con estrépito y el resplandor del fuego exterior compuso las más bellas tonalidades en ese paisaje de durmientes. Yo retrocedí con horror.

De pie en la ventana, la misteriosa bañista estaba ahí. Me reconoció inmediatamente. Me sonrió. Pero entonces ella no venía por mí. La llamada era para Beatriz, para su sombra terrenal. Ella la obedeció al punto. Se incorporó como una sonámbula y se acercó a la ventana. La nadadora volvió a sonreír, satisfecha de su poder.

No sé, a la verdad, si la escena siguiente la puedo referir en pocas palabras. Quisiera hacerlo. He dicho que la desconocida estaba de pie en la ventana. En el momento que Beatriz estuvo junto a ella, ella se separó de la ventana y quedó flotando en el aire, como si nadara, gracias a un movimiento escapado de toda voluntad física. Beatriz la siguió como fascinada. Trepó a la ventana, abrió los brazos, dió un paso adelante y rodó al vacío.